

# LAS RELACIONES POLÍTICAS Y CULTURALES ENTRE ALEMANIA Y AMÉRICA LATINA

ADRIANA VALADÉS

HABLAR SOBRE LA RELACIÓN entre América Latina y Alemania implica reconsiderar, por lo menos *grosso modo*, aquello que se ha transformado en Alemania a poco más de un año de la unificación y si los cambios tienen consecuencias para la relación germano-latinoamericana. Con el fin de situar el tema, por ahora sólo apuntaré ciertos hechos y algunos datos. Mi aproximación no será estrictamente política, sino histórico-política y cultural, en virtud de que la problemática, desde mi punto de vista, debe expresarse de manera más orgánica de lo que se hace usualmente. Considero que sólo una perspectiva “holista”, por así decirlo, da razón de los mecanismos subyacentes a dicha relación, de sus lagunas y carencias, así como de una posible concertación de metas.

Mi ponencia se referirá, en primer lugar, a la situación política actual de Alemania y su trasfondo inmediato. En segundo lugar, intentaré analizar las diversas visiones de América Latina, y en especial de México, que se dan en Alemania según la posición que se tenga en el espectro político alemán. En tercer lugar, consideraré, desde el punto de vista de mi propia experiencia en la embajada de México en Alemania, las perspectivas futuras de dicha relación.

En la Alemania unificada, la naturaleza de las estructuras políticas puede definirse aún bajo las características de la Alemania occidental previas a la unificación. Dichas estructuras políticas, si bien cambiaron radicalmente en la otrora República Democrática Alemana (RDA), permanecieron casi idénticas en los viejos *Länder* de la República Federal de Alemania (RFA) tal como se fueron constituyendo a partir de 1949. La Ley Fundamental (*Grundgesetz*) se aplica hoy día en todo el territorio sin que haya habido ninguna alteración en su letra con motivo de la unificación. Los partidos políticos con representatividad efectiva son fundamentalmente los mismos que antes funcionaron en los *Länder* y conformaron la vida democrática del país en el periodo de la

Guerra Fría. De la vieja camada de líderes de la RDA, después del cambio (*die Wende*), no queda ninguno en un puesto de decisión política. En todo el territorio, la opinión pública está determinada por los medios de comunicación ya existentes en la RFA. Por lo demás, cabe destacar que la opinión pública oriental conocía la televisión y la radio occidentales aun antes de la caída del muro.

En el plano de la política exterior, por el contrario, asistimos a transformaciones notables bajo el signo de la integración europea, en la que Alemania suele ser considerada como el motor; y en la escena internacional es evidente, sobre todo a partir del último año, el incremento del peso específico alemán, gracias a su nueva identidad.

Ahora bien, si queremos analizar adecuadamente la estructura de nuestra relación con Alemania y poder interpretar los datos disponibles, es importante mencionar ciertos rasgos históricos que definieron el proceso de constitución de la Alemania de hoy. A menudo, la celeridad de los cambios actuales hace olvidar la influencia efectiva del pasado reciente. La Guerra Fría impuso a la República Federal de Alemania tres prioridades: la primera, su defensa ante el bloque comunista; la segunda, de índole interna, el *Wiederaufbau*, es decir, la reconstrucción económica y administrativa del país, y, por último, una exigencia de carácter espiritual, la *Vergangenheitsbewältigung*, o sea, una autorreflexión sobre su pasado. Estos tres graves problemas, tan vitales para la supervivencia de Alemania como nación, explican por qué esa época representa, de alguna manera, un periodo de concentración en los objetivos apuntados y de cierto ensimismamiento. No fueron tiempos propicios para estrechar vínculos especiales con América Latina, y éstos no estaban dados previamente, como es el caso de otros países europeos, a los cuales nos ligan lazos centenarios.

Todo ello no quiere decir, por supuesto, que durante el periodo anterior a la unificación la RFA no tuviera una relación con América Latina, cuyo contenido específico caracterizaré a continuación. Éste se hallaba determinado en gran medida por las respectivas posiciones políticas que adoptaran los alemanes dentro del espectro político-ideológico de su país. (Dejo aparte las relaciones más añejas debidas estrictamente a intereses científicos y culturales). A grandes rasgos, podríamos distinguir tres percepciones diversas de América Latina: en primer término, la que podríamos denominar de la "derecha doctrinaria", representada paradigmáticamente por un amplio sector del Partido Cristiano-Social Bávaro (siglas en alemán: CSU) y grupúsculos aún más a la derecha; en segundo lugar, la del centro-derecha y centro, es decir, el grueso del Partido Cristiano-Demócrata (CDU), los liberales (FDP) y algunos sectores del Partido Socialdemócrata (SPD), y, finalmente, la de la izquierda

y extrema izquierda, o sea, el grueso del SPD y sus juventudes socialistas, los Verdes, los Alternativos y otros.

Tradicionalmente, para la derecha "doctrinaria", América Latina, y en especial el Cono Sur, ha sido interesante desde el punto de vista político y cultural por motivos nostálgicos: la existencia de grandes colonias alemanas que conservan sus tradiciones, lengua y modos de entender la "cultura germánica" de preguerra, sobre todo en Argentina, Brasil y Chile.<sup>1</sup> Franz-Josef Strauss (el difunto líder de la CSU) fomentó con energía esas relaciones, incluso hasta llegar a contubernios con individuos poco recomendables, como el director de la tristemente célebre colonia "Dignidad", en Chile. También hubo ocasionales simpatías de parte de este sector de la derecha alemana hacia gobiernos autoritarios latinoamericanos que se declaraban anticomunistas, en particular si apoyaban a colonias alemanas tradicionalistas.

Para el centro y centro-derecha, los países de América Latina han tenido importancia cuando se ha considerado que se pueden realizar ahí buenos negocios y exportar productos alemanes. A partir de la crisis de principios de los años ochenta, la capacidad de importación latinoamericana se vio mermada y por tanto disminuyó el interés de este sector alemán por la región. El gran peso que tuvo y aún tiene dicho grupo en la toma de decisiones en Alemania explicaría el desvaído perfil de la política alemana durante la década de los ochenta frente a América Latina. En los últimos años, uno de los pocos países latinoamericanos que despierta un interés creciente es justamente México, porque ha logrado estabilizar y abrir su economía.

La izquierda y extrema izquierda se han preocupado con mayor asiduidad por nuestra región, sobre todo por motivaciones político-ideológicas y hasta cierto punto también culturales, es decir, porque ven al mundo latinoamericano como un paradigma cultural alternativo al europeo. La visión romántica de América Latina era la dominante en este grupo en los años sesenta y setenta, pero fue disolviéndose en el curso de la década de los años ochenta por una serie de procesos políticos internos de los países latinoamericanos, que en cierta medida frustraron las esperanzas de esa izquierda, en especial el hecho de que al derrumbarse las dictaduras militares no fueran sustituidas por gobiernos revolucionarios sino por democracias parlamentarias de carácter clásico. Una parte de ellos, sobre todo intelectuales y periodistas de la izquierda liberal (típicamente representados en semanarios como *Der Spiegel* y *Die Zeit*, o en diarios como *Frankfurter Rundschau* y *Süddeut-*

<sup>1</sup> En Argentina: la región del Paraná; en Brasil: Santa Catalina y Río Grande do Sul; en Chile: el sur, sobre todo.

*sche Zeitung*), había ido perdiendo interés por América Latina y, hasta hace poco tiempo, la disminución del número de artículos dedicados a la región fue evidente. En fechas recientes, la cercanía del Quinto Centenario ha provocado un incremento en los artículos y reportajes sobre Latinoamérica en los medios liberales alemanes; sin embargo el resurgimiento de este interés puede ser circunstancial y efímero.

Respecto al caso concreto de nuestro país, la izquierda alemana siempre se ha sentido algo desorientada ante el sistema político mexicano, y no sabe bien a bien qué actitud tomar ante él: por un lado sabe que hubo una revolución y que México siempre ha mantenido una política exterior muy independiente; pero, por otro, no ve ni asomo de "socialismo".

Por último, no pueden dejar de mencionarse los contactos establecidos por la RDA en América Latina, que fueron manejados esencialmente por el partido entonces en el poder, el Partido Socialista Único de Alemania (*Sozialistische Einheitspartei Deutschlands*, SED), con sectores latinoamericanos considerados ideológicamente afines. Puede decirse que los puntos de enlace así constituidos han desaparecido por completo.

Como corolario de las características de los partidos que forman el actual gobierno de coalición, la política exterior de Alemania, a primera vista, debería tener como lincaamientos los correspondientes a los dos primeros sectores de la población antes citados. Sin embargo, el único que predomina es el que hemos ubicado en el centro-derecha, a diferencia de lo que ocurría aún hace algunos años, en vida de Strauss, cuando la CSU tenía, o pretendía tener, una proyección internacional; en la actualidad, el así llamado "genschismo"<sup>2</sup> determina la política exterior en una dirección de la que están excluidas las opciones de la derecha "pura y dura"; ello también se aplica a América Latina, como se ha visto en las visitas realizadas en los últimos tiempos a nuestra región por representantes de la coalición en el gobierno, por ejemplo Norbert Blüm y Helmut Kohl, quienes han tratado de separarse lo más posible (dentro de su identidad política) de las posiciones de la derecha tradicional en materia internacional y han procurado adoptar un perfil liberal, de centro, respecto a América Latina.

Ahora bien, un temor hasta ahora no del todo desvanecido entre los latinoamericanos es que la atención de Alemania quede volcada sobre su nuevo territorio y, en segundo plano, aunque también prioritario, sobre los países del Este, particularmente durante el periodo posre-

<sup>2</sup> Así se designa el perfil de la política exterior marcado por el actual ministro de Relaciones Exteriores, Hans Dietrich Genscher y sus colaboradores inmediatos, aunque también en cierta medida por el grupo del propio canciller Helmut Kohl.

volucionario y de reestructuración europea. Esta aprensión no carece de motivos históricos y políticos que se remontan mucho más allá de los acontecimientos recientes. En efecto, recordemos que la Europa del siglo XIX no fue sólo, como a veces imaginamos los latinoamericanos, la de los imperios ultramarinos occidentales (Inglaterra y Francia en primer lugar, y en menor medida otros países del Occidente europeo), sino también una Europa volcada sobre sí misma y construida alrededor de tres imperios continentales (el zarista, el austrohúngaro y el Segundo Reich), representados por figuras como Alejandro, Metternich y más tarde Bismarck, quienes le imprimieron un sello muy peculiar a las relaciones de los países del centro con los del este europeo. Dicho *élan* "continentalista" quedó opacado durante la Guerra Fría, pero nunca desapareció, y hoy surge con renovada vitalidad por dos razones fundamentales: una de orden geopolítico, la otra de carácter económico. Es un hecho geográfico que Alemania, a pesar de su breve litoral en el mar del Norte, no es un país atlántico y que no hay ningún accidente geográfico digno de mención desde Hannover hasta Moscú. Por otro lado, los gravísimos problemas económicos que agobian a los países del ex bloque soviético y, al mismo tiempo, la posibilidad de que al resolverse esos problemas Alemania se abra a largo plazo un mercado formidable hacen natural esperar que la política exterior alemana avance en esa dirección. Resurgiría así un concepto que había sido ridiculizado durante muchos años pero que vuelve a atraer la atención de intelectuales y comentaristas políticos: *Mittleuropa*.<sup>3</sup> En la medida en que las energías de Alemania no fueran completamente absorbidas por la consolidación de la Comunidad Europea y el eje tradicional París-Bonn, se desplazaría el centro de gravedad de la política exterior alemana hacia el "nuevo-viejo" eje Berlín-Praga-Viena-Zagreb. Con ello, el horizonte latinoamericano quedaría más alejado que nunca.

Aunque no hay que ignorar las potencialidades de este desarrollo y sus posibles efectos sobre las relaciones entre Alemania y los países de América Latina, creo que este peligro se ha exagerado mucho y que la idea de que, para decirlo de forma esquemática, Alemania "tiende a olvidarse de América Latina porque acaba de acordarse de *Mittleuropa*", obedece a una visión superficial y simplista de los procesos políticos. Plantear la cuestión como una dicotomía es un mal planteamiento de principio. La pregunta que realmente interesa es la siguiente: ¿cuáles son *de facto* las prioridades económicas, políticas y culturales de Alemania y, sobre todo, cuáles son los ámbitos en que esos factores pue-

<sup>3</sup> He tratado esta noción con mayor detalle en mi artículo "La vuelta de *Mittleuropa*", publicado en Cuaderno de Nexos, núm. 36, Nexos, México, junio de 1991.

den operar más eficazmente desde el punto de vista alemán?

Planteada así la cuestión, nos percatamos de la necesidad de una reconsideración mucho más compleja, “pluridimensional”, por así decir, de la situación. Para una nación que no esté en guerra, no puede haber un solo paquete prioritario en un periodo de interdependencia global acelerada. Ahora menos que en siglos anteriores puede plantearse la política exterior como una serie de antinomias frontales que exacerban las diferencias en vez de matizarlas y elaborarlas. Es necesario conocer y distinguir esas diferencias y analizar cómo funcionan en las relaciones entre los estados. Hay sin duda cierto tipo de diferencias que podríamos calificar de incompatibilidades y que obviamente no son el caso en el presente contexto. Más bien me refiero aquí a aquellas que se expresan con base en una realidad política de fondo que les es común y que descansa en la prosecución de formas democráticas. Sobre esta base común, por ejemplo, las diferencias entre México y Alemania en cuanto a la formación de partidos, gobiernos, sindicatos e incluso las diferencias culturales y académicas, suscitan un interés genuino para ambas partes. Actualmente, éste es el caso también para la inmensa mayoría de los países de nuestra región y cabría afirmar que las relaciones entre ésta y Alemania se nutren de diferencias conciliables dentro de metas coincidentes.

A los alemanes les interesa que se conozcan sus instituciones políticas, los mecanismos que han creado para su quehacer democrático y el intercambio de experiencias al respecto. Incluso hay una institución oficial, denominada *Inter-Nationes*, que promueve este tipo de contactos. Se realizan asimismo visitas de parlamentarios y hay otras iniciativas de esta índole. Entre ellas, la más estimulante, a mi modo de ver, se llevó a cabo en Berlín en abril de 1991 bajo la forma de lo que se conoce como “diplomacia de conferencias”. En dicha ocasión, a iniciativa de México, se reunieron personalidades alemanas y mexicanas para contrastar sus concepciones respecto a la compleja problemática económica, política y de identidad de ambos países.

En el plano cultural, donde las acciones tienen un carácter más público, es un hecho que los proyectos mexicanos tienen cada vez mejor acogida entre las autoridades y la opinión pública alemanas, en contra de lo que podría esperarse dada la supuesta concentración de Alemania en el Este. Me refiero a este plano porque son precisamente las diferencias culturales las que representan una fuente infinita de atracción y atención en cualquier país. Si se toma la actividad cultural como barómetro, a partir de la caída del muro ha habido en Alemania un incremento muy notorio, tanto cuantitativo como cualitativo, de actividades culturales relacionadas con México, desde la exposición de Rufino

Tamayo hasta la reciente publicación y presentación de autores mexicanos hasta entonces inéditos en alemán. El número de estas actividades ha sido muy superior en los últimos años en comparación con los cuarenta precedentes. Asimismo es significativo que en 1992 el tema central de la Feria del Libro de Frankfurt, la más importante en este mundo, sea México.

Estos datos no dejan de ser paradójicos, sobre todo frente a la hipótesis de la supuesta obsesión alemana por el Este, y aquí lo cultural puede ser interpretado como síntoma de que, en el ámbito de la política profunda, algo está pasando que nos obliga a explicar esa supuesta paradoja. En esa explicación confluyen dos factores.

En primer lugar, cabe reconocerlo, la política exterior alemana ha continuado bajo el signo liberal del "genscherismo". Esta dinámica ha conducido a que Alemania sea vista no sólo como el motor de la unidad europea, sino también como un factor de peso político mundial. Así, Alemania se inscribe en un nuevo marco de apertura que rompe el ensimismamiento del pasado. Es una política que busca dejar de ser exclusivamente atlántica.

En segundo término, pasada la euforia que despertó la apertura del Este, la unificación y el derrumbe del muro, se conoció más cabalmente la situación en la que se encontraban los países del bloque oriental. El socialismo real adquirió rostro de catástrofe económica, social y ecológica. Se reveló la profunda inadecuación de la visión, hasta entonces idealizada, del este europeo. Los dirigentes políticos y económicos de Alemania se percataron pronto del riesgo que implicaba una orientación exclusiva hacia el nuevo espacio europeo ganado, que debilitara los vínculos ya establecidos con otras regiones.

Las relaciones internacionales de la Alemania actual no son, y no pueden ser, unívocas; tampoco lo son sus relaciones con nuestra región. Existen, no obstante, clichés en las percepciones mutuas. En México, por ejemplo, se suele pensar en Europa sólo hasta el Rhin y el sur de los Alpes; se olvida *Mittleuropa*, aunque últimamente se recuerden Checoslovaquia, Hungría y Polonia, por los cambios sufridos en esos países, pero no se percibe la identidad de esa región europea. Asimismo, para Alemania, América Latina aparece con frecuencia como el espacio del "realismo mágico" encarnado en la cotidianidad.

Si se añade la intención expresa de los gobiernos respectivos de instrumentar una política exterior más equilibrada, que implica conceder mayor importancia a las múltiples relaciones, entonces es de esperarse que en el futuro dichas relaciones sean pensadas cada vez más en términos de contrapesos efectivos a influencias unilaterales. Esta especie de pluralismo es por lo demás deseable en todos los órdenes y no

sólo en el económico. La concertación de metas, esfuerzo que ya se realiza en el terreno comercial, podría aprovecharse para redefinir esas metas en términos más amplios. No sólo la geografía y la disponibilidad de recursos trazan los límites de la tarea, sino el carácter del pueblo y la naturaleza de su experiencia histórica. Tratar este material integrando todas sus variables de un modo orgánico, tanto desde la perspectiva alemana hacia América Latina como desde la latinoamericana hacia Alemania, daría un contenido más completo a la relación. Este enfoque abriría un campo de acción más fecundo, que podría conciliar las aspiraciones particulares con un consenso más amplio. La política profunda se nutre de la constante creación y redefinición de metas.

#### COMENTARIO

Quiero empezar mi participación con una felicitación a la doctora Adriana Valadés por su trabajo sobre las relaciones entre Alemania y América Latina, que será lectura obligada para entender la naturaleza y el alcance de las mismas.

La evolución de las relaciones entre América Latina y Europa occidental en los últimos años no ha tenido lugar en un vacío histórico. Ambas regiones se conocen desde hace largo tiempo y han estado vinculadas por la historia, la cultura, la política e incluso la economía. En el periodo que siguió a la Segunda Guerra Mundial (durante los años cincuenta y sesenta), Europa occidental mantuvo una presencia económica importante en América Latina, visible sobre todo en el comercio exterior, las inversiones extranjeras directas y el financiamiento público y privado.

La evolución de estas relaciones económicas se ha visto obstaculizada y ofrece pocos motivos de satisfacción, pero el balance en el campo político tiende a ser más favorable. Aun cuando Europa no ha llegado a ser el contrapeso político que quisieran varios grupos en las dos regiones, los países europeos han mantenido, con matices diversos, posiciones independientes frente a los problemas latinoamericanos, con base en las cuales se ha creado una red amplia de vínculos con la región, y durante los años ochenta desempeñaron un papel constructivo en la búsqueda de soluciones a los problemas más graves de América Latina.

Los procesos de democratización que están viviendo los países latinoamericanos han dado lugar a la renovación y al fortalecimiento de los vínculos interregionales. Los intercambios de visitas oficiales y de tra-



bajo se han multiplicado. Los contactos y consultas informales entre dirigentes latinoamericanos y europeos se han vuelto más frecuentes y normales, y distan mucho de tener el carácter meramente protocolario de hace apenas unos años. Esto tiende a formar vínculos sin paralelo en el resto del mundo en desarrollo. En general, la preocupación europea por la vigencia de la democracia y de los derechos humanos en la zona tiende a ser mejor recibida que la del gobierno de Washington.

Así como esta preocupación europea por la democracia y los derechos humanos se proyecta en mayor medida hacia América Latina que hacia otras regiones en desarrollo, los latinoamericanos manifiestan interés especial por la experiencia europea en temas como la concertación social, las relaciones cívico-militares, la descentralización, la participación local, la protección ecológica e, incluso, el proceso de integración en marcha en el viejo continente. Se han abierto posibilidades de cooperación institucional que complementan de modo importante las formas tradicionales y en las que países como Alemania parecen tener algunas ventajas comparativas.

Por razones tanto económicas como políticas, las relaciones europeo-latinoamericanas recibieron nuevo impulso hacia mediados de los años setenta. Entre las primeras, cabe destacar la crisis económica que sufría Europa occidental y la visión de buena parte de sus dirigentes de la vulnerabilidad externa del viejo continente, que requería —de acuerdo con la visión dominante en esa época— una política de acercamiento al mundo en desarrollo con el objeto de mantener y ampliar los mercados para los productos e inversiones europeos, asegurarse nuevas fuentes de aprovisionamiento de materias primas (en especial combustibles y minerales) y, en términos más generales, obtener la buena voluntad de quienes eran vistos como nuevos actores en el sistema internacional. Entre las razones del segundo tipo, cabe señalar el mayor interés de algunos sectores políticos europeos por los procesos políticos latinoamericanos, en especial por la vigencia de los derechos humanos y de los valores democráticos en la región.

La convergencia de estos intereses (económicos y políticos) por una América Latina que a finales de los años setenta y comienzos de los ochenta iniciaba procesos de democratización alentadores generó grandes expectativas. Algunas de éstas tenían sin duda base real; incluso han empezado a cumplirse discretamente en ciertas áreas. Otras, en cambio, se basaron en errores de juicio que por su persistencia continúan afectando el curso normal de las relaciones.

Con el fin de tener una apreciación realista de los vínculos entre México y Alemania, cabe formular algunas reflexiones básicas. Las relaciones entre México y Alemania se dan en el contexto más amplio

de las relaciones entre América Latina y la Comunidad Europea (CE). A su vez, las relaciones entre América Latina y la CE deben situarse y analizarse en el contexto de las relaciones internacionales de los últimos años. En las relaciones entre América Latina y la CE interviene de manera directa o indirecta un tercer actor: Estados Unidos, que les confiere un marcado carácter triangular. Tanto los latinoamericanos que buscan un acercamiento a Europa como los europeos que se interesan por América Latina han menospreciado el peso de los intereses de Estados Unidos en ambas regiones.

Las relaciones entre México y Alemania no son prioritarias para ninguno de los dos. Sin embargo, a partir de la segunda mitad de los años setenta son cada vez más importantes para ambos países. Cabe añadir que Alemania es más importante para México que México para Alemania. Por otra parte, las prioridades económicas y políticas de Europa definitivamente no radican en América Latina; éstas se han concentrado en otras regiones del Tercer Mundo. Europa occidental (en particular la CE) ha subordinado su política para América Latina a los lineamientos generales de su política para el Tercer Mundo, dentro del cual esta región tiene un lugar más bien secundario. Así, se presenta la paradoja de que, si bien la CE estableció su primer mecanismo formal de diálogo interregional precisamente con América Latina en 1971, esta región dista mucho de tener un carácter especial para los Doce; de hecho, ocupa uno de los lugares más bajos en las prioridades comunitarias.

El desarrollo de las relaciones entre México y Alemania durante los últimos años ha generado grandes expectativas en los círculos políticos (e incluso en los académicos) de México, no así en Alemania. Si bien se han registrado avances significativos en algunos renglones, no cabe duda que las metas iniciales distan mucho de haberse cumplido, en parte por las limitaciones estructurales que padecen estas relaciones y en parte porque las expectativas eran desmedidas, lo que refleja cierta ingenuidad y desconocimiento de la realidad. El optimismo y el voluntarismo con los que a menudo se contemplan estas relaciones da lugar a que los resultados sean más modestos que lo esperado.

Las impresionantes transformaciones en Europa a partir de la puesta en marcha del Programa 1992 para la profundización del mercado único europeo, el posterior e inesperado derrumbe de los gobiernos comunistas de Europa del Este y el estallido de la guerra del golfo Pérsico parecen haber alejado todavía más el espejismo de relaciones especiales o preferenciales entre América Latina y Europa. Estos cambios han llevado a diversos analistas y dirigentes políticos a lamentar el abandono de los países latinoamericanos por parte de sus socios eu-

ropeos, en lo que incluso los más optimistas ven una muestra más de la marginación internacional de América Latina. El optimismo algo ingenuo, propio de los años setenta y parte de los ochenta, se ve así gradualmente reemplazado por un nuevo pesimismo respecto al futuro de la relación entre las dos regiones.

La profundización de la integración europea es sin duda uno de los acontecimientos de mayor trascendencia en la historia reciente. Es prioridad para los doce países involucrados en este proceso y atrae la atención de países vecinos que no quieren quedar totalmente al margen. Se trata de un desafío que plantea muchas interrogantes y a corto plazo puede inhibir el interés de Europa occidental por otras regiones, sin perjuicio de que más adelante éste aumente en forma significativa.

El programa comunitario para lograr un mercado único ha desencadenado en Europa efectos que rebasan el círculo de los Doce. Los dirigentes europeos afirman que el mercado único permitirá explotar la mayor reserva de crecimiento que existe en el mundo y que los posibles beneficios no sólo son para los países de la CE, sino para todos los que tienen relaciones con la misma. Sin embargo, existen opiniones muy diversas sobre lo que puede esperarse de la CE en materia de protección comercial. Lo mismo se habla de una fortaleza europea que de un mercado abierto para todos los países del mundo. Lo cierto es que en los últimos años las barreras no arancelarias han ido creciendo a un ritmo mayor que el de la eliminación de aranceles comerciales.

Algo es claro: el mercado europeo se torna cada día más interesante y aumenta la competencia dentro de él, lo que multiplica posibilidades y dificultades. Los cambios que se esperan en la economía mundial harán que todos los países no comunitarios, incluyendo a Estados Unidos y a Japón, pero en particular los países en desarrollo, se enfrenten a un gran reto. Estos últimos tendrán que hacer grandes esfuerzos para superarlo.

Aunque los factores que hemos señalado en los párrafos anteriores son obstáculos importantes para un estrechamiento de los vínculos entre las dos regiones, no deben llevar al fatalismo. Varios de estos factores pueden corregirse, y cualquier evaluación realista de las posibilidades llevará a la conclusión de que, si se dejan de lado las expectativas desmesuradas de los últimos años, queda un espacio para el acercamiento. Sin duda este espacio es más reducido que lo que desearían algunos grupos, pero no menos valioso, sobre todo en el contexto externo tan restrictivo y adverso que enfrenta América Latina.

En suma, las advertencias contra el optimismo y el voluntarismo excesivo, que han perjudicado las relaciones europeo-latinoamericanas en los últimos años, no deben hacernos caer en desaliento exagerado

y fuera de lugar. Los vínculos entre las dos regiones son susceptibles de mejoramiento importante, que requerirá una dosis adicional de voluntad política, sobre todo de la parte europea, y también una acción más realista, efectiva y sistemática de América Latina, que supere la retórica y las actitudes reivindicativas o mendicantes de décadas anteriores y sepa aprovechar las posibilidades de la región en términos económicos y políticos.

HUMBERTO GARZA ELIZONDO